

## XXVII.

## LA DUDA.

¿Si será de amistad, Filis hermosa,  
La grata llama que en el pecho siento,  
Que como propio tu dolor lamento,  
Y soy feliz cuando eres venturosa?  
— ¿O será amor? Tu imagen deliciosa  
Grabada está en el alma, y el momento  
Que obligado la deja el pensamiento,  
Me es ingrato el pensar, la vida odiosa.  
Amor es. Este ardor de verte, este  
Inefable placer cuando te veo,  
¿Quién sino el dulce amor puede inspirarlo?  
Mas ¡ay! es como tú puro y celeste;  
É ignorando los fuegos del deseo,  
Halaga el corazón sin abrasarlo.

## XXVIII.

## Á MI AMADA, EN EL DIA DE SU SANTO (1).

Vén, primavera, vén; y antes que dores  
La hermosa cuna donde nace el día,  
El dulce nombre de la amada mía  
Corona con tus rayos y esplendores.  
Brote la tierra anticipadas flores;  
Sople el aura gentil que el Mayo cria;  
Rebose en selva y prado la alegría  
Y el ruiseñor festivo cante amores.  
Añade nuevo lustre á la hermosura  
De mi adorado bien, y nuevo encanto  
A aquel mirar, que cuando hiere, halaga.  
Y añade nuevo fuego á la ternura  
De su pasión, que nunca será tanto  
Que al de mi ansioso pecho satisfaga.

## XXIX.

## LA BELLEZA.

(Traducción del Petrarca.)

¿Dónde cogió el amor, ó de qué vena,  
El oro fino de su trenza hermosa?  
¿En qué espinas halló la tierna rosa  
Del rostro, ó en qué prados la azucena?  
¿Dónde las blancas perlas con que enfrena  
La voz suave, honesta y amorosa?  
¿Dónde la frente bella y espaciosa,  
Más que el primer albor pura y serena?  
¿De cuál esfera en la celeste cumbre  
Elegió el dulce canto, que destila  
Al pecho ansioso regalada calma?  
Y ¿de qué sol tomó la ardiente lumbre  
De aquellos ojos, que la paz tranquila  
Para siempre arrojaron de mi alma?

## XXX.

## LA TIMIDEZ.

(Traducción del Petrarca.)

Cuando el planeta que embellece el día  
Vuelve á la casa del rosado toro,  
Y entre las puntas de encendido oro  
Vivificante ardor al suelo envía;  
No á la faz sólo de la tierra fría  
Da en bellas flores nítido decoro;  
Mas de la vida el celestial tesoro  
Lleva del centro á la mansion umbría.  
Así mi hermoso sol su luz me ofrece;  
Me mira, y va en mi seno derramando  
De dulce y blando amor llama halagüeña.  
Mas ¡ay! mi labio tímido enmudece,  
Y aquel precioso fuego malogrando,  
Pierdo sin fruto la estación risueña.

(1) 19 de Marzo.

## XXXI.

## LA QUERRELLA.

(Traducción del Petrarca.)

Cuando Febo en los piélagos de Atlante  
Templa su ardor y el aire se oscurece,  
Quejas doy de mi mal, que entonces crece,  
A la alba luna, al cielo rutilante.  
Mi dolor cuento, simple é ignorante,  
A amor, que en los rendidos se enfierece;  
Al adormido mundo, que enmudece,  
Y al dueño esquivo de mi pecho amante.  
De mis cansados ojos huye el sueño;  
Triste suspiro y lamentable lloro  
En mi rostro y mis labios halla el día.  
En tanto el alba su esplendor risueño  
Difunde hasta el cenit; ¡y el sol que adoro  
No amanece á templar la pena mía!

## XXXII.

## LA NOCHE.

(Traducción del Petrarca.)

Ora que callan cielo, tierra y viento,  
Y duermen sosegados ave y fiera,  
El negro carro lleva por la esfera  
La noche, y yace el mar sin movimiento;  
Yo sólo peno y ardo, y ni un momento  
Desbrava mi dolor, ni tregua espera;  
Mas ¡ay! que él es de mi existencia entera  
A un tiempo la delicia y el tormento.  
En un raudal cuajado de amargura  
Mi ardiente sed alivio y refrigerio;  
Una es la mano que me hiere y cura.  
Y así en el breve término de un día  
Mil veces, crudo amor, renazco y muero,  
Y siempre incierta está la vida mía.

## XXXIII.

## REGALO A UNA NUEVA ESPOSA.

(Traducción del Bondi.)

Esta, que aún lleva la encarnada espina,  
Gloria de su verjel, purpúrea rosa,  
Y esta blanca azucena y olorosa,  
Bañada de la lluvia matutina,  
Un pastorcillo á tu beldad divina  
Ofrece, pobre dón á nueva esposa;  
Y no mal te convienen, Fili hermosa,  
Cuando á adornar tu pecho las destina.  
Del virgíneo carmin la rosa llena  
Retrata tu pudor, y en sus albores,  
Tu casta fe la cándida azucena;  
Y ese mirto que anuda las dos flores,  
Es, felices esposos, la cadena  
Con que os enlaza el dios de los amores.

## XXXIV.

## LA NECEDAD.

(Traducción del italiano.)

El duro remo en la cansada mano,  
Y sometido al látigo inclemente,  
Implora el galeote tristemente  
La libertad, aunque la implora en vano.  
Mas si tal vez la alcanza, luego insano  
De abandonar los mares se arrepiente;  
La dicha de ser libre ya no siente,  
Y en precio vil la vende á su tirano.  
Así yo delirante, dueño impío,  
Con la argolla fatal mi cuello gravo,  
Aunque logré por tu traición romperla,  
Y aún es mayor que su delirio el mío;  
Pues sin merced alguna ser tu esclavo,  
Es dar la libertad y no venderla.

## XXXV.

## EL AMOR PERFECTO.

(Traducción del Zappi.)

Amo á Leucipe: aunque Leucipe ignora  
Mi callada pasión, la amo constante;  
Mi gloria es adorarla; el pecho amante  
Ni premio anhela, ni piedad implora.  
Y la amo, aunque gentil y halagadora  
A un dulce esposo su belleza encante;  
Que no el purpúreo celestial semblante  
Ni el lindo seno en ella me enamora.  
Y la amaré cuando la pompa verde  
Marchite de su Abril el tiempo odioso;  
Que amo en ella aquel bien que no se pierde.  
Y la amaré cuando eclipsada estrella  
Desfallezca mortal; que más hermoso  
Será entonces el bien que adoro en ella.

## XXXVI.

A Fermin Didot, literato, poeta y tipógrafo insigne.

Tú, que los signos del varon Dircéo,  
Primero escritos en voluble arena,  
Fijaste en sabia lámina, que enfrena  
La voz fugaz del genio ó del deseo;  
Tú, que la antigua gloria de Tirtéo  
Celebraste en las márgenes del Sena;  
Tú, en cuya docta frente se encadena  
La guirnalda de Esquilo á la de Alceo;  
Pues un ara sublime has levantado  
A los nombres de Estéfano y Plantino (1),  
Donde el tuyo, más grande, es deseado,  
Acepta el dón sincero, aunque mezquino,  
Que á la ciencia modesta consagrado,  
De tu fama inmortal ya es adivino.

## XXXVII.

A la muerte de doña María Candelaria Casajus.

Linda hermosura, que en su edad florida  
Ennoblecí del Bétis la ribera,  
Al soplo helado de la Parca fiera  
Yace aquí en triste polvo convertida.  
¿Por qué mi amarga y enojosa vida  
Aun el golpe fatal gimiendo espera?  
¿Por qué el árido espinoso persevera,  
Si la rosa cayó, del cierzo herida?  
Jóven á las mansiones del espanto  
Desciendes: la vejez, triste al perderte,  
Queda entregada al tedio y al quebranto.  
Así se burla de la edad la suerte;  
Y yo baño tu losa en tierno llanto,  
Cuando debieras tú llorar mi muerte.

## XXXVIII.

Al rey nuestro señor, en su regreso á Madrid en Agosto de 1823.

Mira á tu rey, ¡oh Mantua afortunada!  
Que siglos mil y mil glorioso viva;  
Mira en sus sienas la fulgente oliva,  
Y á sus piés la discordia encadenada.  
La paz sigue su triunfo, coronada  
Con gratos dones de la industria activa,  
Y en el excelso trono, compasiva,  
Perdona errores la clemencia amada.  
Sólo tu voz, Fernando, consiguiera  
Volver su imperio á las violadas leyes  
Y abatir del rencor los pabellones;  
Y sólo en tu poder la patria espera;

(1) Estéfano: LISTA traduce así el apellido de Roberto Étienne, ilustre tipógrafo de París.—Plantino: Cristóbal Plantin, famoso tipógrafo francés, establecido en Amberes. Hizo, por mandato de Felipe II, una edición magnífica de la Biblia poliglota, de Alcalá. (Nota del Colector.)

Que el legítimo solio de los reyes  
Es el puerto de náufragas naciones.

## XXXIX.

## EL SOL Y LA VIDA.

(Traducción del inglés, de White.)

¡Oh noche! cuando á Adán fué revelado  
Quién eras, y aún no vista, oyó nombrarte,  
¿No temió que enlutase tu estandarte  
El bello alcázar de zafir dorado?  
Mas ya el celaje etéreo, blanqueado  
Del rayo occidental, Héspero parte;  
Su hueste por los cielos se reparte,  
Y el hombre nuevos mundos ve admirado.  
¿Cuánta sombra en tus llamas ocultabas,  
Oh sol! ¿Quién acertára, cuando ostenta  
La brizna más sutil tu luz mentida,  
Esos orbes sin fin que nos velabas?...  
¡Oh mortal! y ¿el sepulcro te amedrenta?  
Si engañó el sol, ¿no engañará la vida?

## XL.

A la academia del Mirto, que me había regalado una excelente oda en elogio mío.

Otro nombre buscad, de la armonía  
Más digno y de inspirar vuestras canciones,  
Si queréis que del Pindo en las mansiones,  
Oh amable juventud, Febo os sonría.  
Que si pudo enseñaros la voz mía  
Cómo se alcanzan sus preciados dones,  
¿Qué valen ¡ay! mis tímidas lecciones  
Junto al fuego inmortal que Homeros cria?  
Vuestra es la edad del genio y los placeres,  
Vuestro el laud de Euterpe soberano,  
Vuestro el vigor de juventud activa.  
Coged lauros y el mirto de Citeres,  
Y dejad que en la frente de un anciano  
Se marchite con él su antigua oliva.

## POESÍAS AMOROSAS.

## I.

## LA PRIMAVERA.

Huyó el sañudo invierno,  
Y en la templada esfera  
Sobre las alas del favonio tierno  
Brilla la primavera.  
Y su guirnalda hermosa  
Risueña deshojando,  
De blanco lirio y encendida rosa  
Las vegas va sembrando.  
No ya de nieve helada  
Yace el prado cubierto,  
Ni de amores la selva despojada,  
Ni el monte triste y yerto.  
Que es delicia del cielo,  
Cuando nace, la aurora,  
Y ámbares vierte, y el fecundo suelo  
De blanda luz colora.  
Ya pulsa el arpa de oro  
La bella Citeres,  
Y en tiernas danzas su festivo coro  
Los oteros rodea.  
De mirto, pues, y flores  
La frente coronemos,  
Oh Dalmiro, y al dios de los amores  
Dulces himnos cantemos.  
La juventud convida,  
Y entre clavel y rosa



Brinda la ilusión vana de la vida,  
Aunque vana, gozosa.  
Que luego, edad tirana,  
Las dichas desvaneces,  
Y del mortal la plácida mañana  
No brillará dos veces.  
¡Ay! huye la alegría  
Tu rostro macilento,  
Y entre tus densas sombras, Parca impía,  
Se pierde en un momento.  
De la fatal guadaña  
No hay abrigo seguro;  
Que así hiera la misera cabaña  
Como el soberbio muro.

## II.

## Á ELISA.

Cuando á los campos sales, bella Elisa,  
Se reverdece el prado;  
Brotó la selva amor y el cielo risa,  
Y ledo trisca el juguete ganado.  
Las márgenes del río á tu hermosura  
Tributan amorosas,  
Sobre lechos de plácida verdura,  
Cándidos lirios y encendidas rosas.  
El ave te saluda dulcemente,  
Cuando en la selva amiga  
Contra el sol en los fresnos de la fuente,  
Cual bajo manto maternal, se abriga;  
Y cuando á ocaso entre celajes de oro  
Decline el rayo estivo,  
Tejerán los zagaes dulce coro  
Al són del arroyuelo fugitivo.  
Y allí tu nombre el amoroso canto  
Y tu lesden gracioso  
Celebrará, y la risa y el encanto,  
Que enajena al pastor más desdenoso,  
Y luego en los alisos de la cumbre  
Lo grabarán risueños;  
Y cuando siga á la vencida lumbre  
La noche oscura derramando sueños,  
Con frescas y apacibles enramadas  
Ornarán tús umbrales,  
Y para tí de pomas sazonadas  
Esquilmarán los fértiles frutales.  
Luego vendrá la sonrosada aurora,  
Y en tu serena frente,  
Que la inocencia plácida colora,  
Nacerá un sol más bello y refulgente.  
Así en gozoso círculo girando  
Tu juventud florida,  
De la beldad los triunfos disfrutando,  
En continuo solaz gozas tu vida.  
Ama, Elisa gentil. Sereno el cielo  
Ora brilla y tranquilo;  
De la edad teme el inminente vuelo,  
Y contra su furor busca un asilo.

## III.

## EL CONVITE DEL PESCAO.

(Traducción del Metastasio.)

Vén, ya baja la noche, amada mía,  
Y en la fresca ribera  
Respirarás de la marina fría  
El aura placentera.  
Vén, dulce amor; su delicioso aliento  
Gocemos en la arena,  
Ora que el soplo del favonio lento  
Crespa la mar serena.  
Deja, mi Elisa, la feliz cabaña  
Que alberga tu hermosura,  
Y descienda el placer de la montaña  
A la playa segura.  
Cuando esparce la noche el negro velo,  
Más lucientes y bellas  
Verás el claro mar, émulo al cielo,  
Retratar sus estrellas;

Y en ascendiendo á la celeste cumbre  
La luna sosegada,  
Rielar en largo surco su alba lumbre,  
Por las ondas quebrada.

Y cuando nazca el sonrosado día,  
Al són de ruda avena  
Te contaré, dulce zagala mía,  
Mi enamorada pena.  
O si más, bella Elisa, te recrea,  
Entre las blandas flores,  
De Glaucó ó de la linda Galatea  
Cantaré los amores.

Tú con dorada caña y corvo anzuelo,  
Pescadora y zagala,  
Las deidades del mar y las del suelo  
Envidiarán tu gala.

¡Ah! no ya el pez se salvará escondido  
Tras el peñasco algo; que  
Que vendrá alegre por el mar tendido  
Al lazo venturoso,  
Y las ninfas del piélago sereno,  
Dejando los cristales,  
Festivas te ornarán el albo seno  
De lúcidos corales.

## IV.

## DEBE GOZARSE DE LA JUVENTUD.

(Imitación de Horacio.)

¡No ves cómo blanquea  
Coronada de nieve la alta cumbre,  
Y sus hojas desea  
Le selva yerta y del Abril la lumbre,  
Y en prisiones de hielo  
Se para encadenado el arroyuelo?

Echa con larga mano  
En el fuego la encina destrozada;  
Del águila insano  
Burla la furia en la mansion cerrada,  
Y la que el Létes cria  
Llene los vasos plácida ambrosía.

Que las altas deidades  
Sosegarán los vientos tempestosos.  
Las dulces soledades  
Del bosque y los otros deliciosos  
Y la gentil pradera  
Gozarás en la alegre primavera.

Mas no del tiempo fies,  
Que en alas de las horas va volando.  
Ora bebes y ries;  
Este momento inesperado y blando,  
Que concede la suerte,  
Róbale astuto á la implacable muerte.

Mientras tu frente hermosa  
No amenace con rugas y con canas  
La senectud morosa,  
Goza de Abril las plácidas mañanas  
Y las danzas y amores,  
Y con tu bella hablar entre las flores.

Y su reir travieso,  
Cuando artera se oculta en los rosales,  
Castigue el dulce beso;  
Más dulce que de Himeto los panales  
Al jóven amoroso,  
Y á la que lo resiste áun más sabroso.

## V.

## LA LUNA.

Mueve la luna el carro soñoliento  
En tardo giro, y tibio resplandece  
Por la esfera su rayo macilento,  
Que los vecinos astros oscurece;  
Y mientras se adormece  
En blando sueño el mundo sosegado,  
Las tinieblas disipa, y la campaña  
Y el silencioso prado  
De sus reflejos plácidos se baña.

Vence la cumbre del opuesto monte,  
Y dominando la inferior ladera,  
Brilla elevada en todo el horizonte,  
Y retrata su imagen placentera  
En la sesga ribera.

En tanto el bello Arturo al mar sonoro  
Baja en curso veloz precipitado,  
Y el cayado de oro  
Esconde en el cristal del golfo helado.  
Y las medrosas horas, ocupando  
El ancho cielo, en toda su carrera  
Los extendidos campos va sembrando  
De mustia adelfa y triste adormidera.  
Renueva lastimera  
Filomena su canto dolorido;  
Y al aire dando las nocturnas alas,  
Con horrído graznido

Los bosques llena el ave grata á Pálas.  
En profundo letargo entorpecida  
Yace la tierra; el águila rugiente  
Cesa; la inmensa mar calla adormida;  
Mas ¡ay! vela el amor; su voz potente  
La bella diosa siente;  
Y el carro abandonando en la alta esfera,  
Al Latmo umbroso vuela, en cuya falda  
Su Endimión la espera

Sobre lechos de rosa y esmeralda.  
¡Oh crudo amor! despues que el vengativo  
Brazo aplicaste al arco más certero,  
Y la flecha, teñida en fuego vivo,  
Trasapó de Diana el pecho fiero,  
No ya con pié ligero

Correr le place tras fugaz venado  
Del fértil Erimanto las riberas,  
Ni el venablo acerado  
Esgrimir en las ménalas praderas.  
Solo del Latmo la floresta oscura  
Y la cima selvática le agrada.

Allí el pudor divino y la hermosura  
Cede á un mortal; y amante más que amada,  
Rinde al amor el culto silencioso,  
Que entre sus ninfas pérvida le niega;  
Y al jóven venturoso  
Las breves horas de su imperio entrega.

Mas ¡oh! cuán triste y pesados siente  
Del nuevo día el resplandor cercano!  
Ya en las brillantes puertas del Oriente  
Ve la cuadriga del odioso hermano  
Rayando el Oceano;  
Suspira, y maldiciendo el giro eterno,  
Que de su dulce amante la desata,  
Bañada en llanto tierno

Vuelve á regir el pértigo de plata.  
Salve, oh benigna diosa, oh tú, del sueño  
Y del silencio tímido señora;  
Salve: derrama al mundo tu beleño,  
De dichosos amantes protectora.  
Si el bien, que me enamora,  
A la plácida sombra de tu velo  
Mi tierno pecho llena de alegría,  
¡Oh! nunca dore el suelo  
La clara luz del importuno día.

## VI.

## LA QUEJA.

(Imitando el estilo de Calderón.)

Si pudo el llanto mio  
Triunfar, Elisa bella,  
De mi infeliz estrella,  
De tu desden impio,  
Y me permites hoy que bese ufano  
La pura nieve de tu hermosa mano;

A tus plantas rendido  
Humilde amante llevo,  
Y aceptado mi fuego,  
Si no correspondido,  
Un corazón en cada aliento deja,  
Y un alma enamorada en cada queja,  
Llorar fieros desdenes,

III.—Ps. XVIII.

Celos, rigor, mudanza,  
Tan falsa la esperanza,  
Tan rápidos los bienes,  
Es la herencia comun, que han dividido  
Entre sí los vasallos de Cupido.

Mas ¡quién de los favores,  
Elisa, se ha quejado?  
Sentir el que es amado  
Es locura en amores  
Tan nueva, que tu esclavo hallar procura  
Suspiros que disculpen su locura.  
Cuando el desden, bien mio,  
Hirió mi pecho tierno,  
Siendo mi llanto eterno  
Y eterno tu desvío,  
Esperé que aprendiese maltratado  
El arte de olvidar lo que se ha amado.

Más de una vez la pena  
Viendo que me afligía,  
El mismo amor quería  
Que huyese tu cadena,  
Y cediese mi cárcel rigorosa  
A un alma más paciente ó más dichosa.

Mas cuando á mi ternura  
Tu pecho es ménos fiero,  
Ni libertad espero,  
Ni espero paz segura;  
Que eres muy bella tú, yo desdichado,  
Y necio ó tibio, amante confiado.

Ese jóven gallardo,  
Que, para darme enojos,  
Roba á tus dulces ojos  
Miradas que yo aguardo,  
Me hace temer que siga mi ventura  
La instable condición de la hermosura.

Galan y lisonjero,  
Habiéndose añadido  
A dichas de admitido  
Licencias de extranjerio,  
Ya que no te merezca algun cuidado,  
Consigue al ménos tu apacible agrado.

Yo celoso, afligido  
Y amante venturoso,  
Que es dos veces celoso,  
Y él amante y oido,  
Decide tú si en mi inconstante suerte  
El lograr tu favor es vida ó muerte.

No es justo ya que ignore  
Si el bien ó el mal me has dado;  
Ser debo el envidiado,  
Elisa, y no el que llora;  
O goce solo yo tu amor entero,  
O vuelve á darme tu desden primero.

## VII.

## AL MISMO ASUNTO.

(Imitación de Horacio.)

Cuando tú alabas, Filis, de Cratilo  
El talle airoso y el mirar ardiente  
Y la destreza en someter al freno  
El alazan brioso;

Apénas puede el corazón la ira  
Contener que lo inflama: demudado  
Se inclina mi semblante, y loco y ciego  
Con encendido llanto,  
Que las mejillas pálidas inunda,  
Del fuego lento que me abrasa el alma,  
Te doy á mi pesar, ingrata Filis,  
Señales manifiestas.

Ardo, si los colores que lo adornan  
Brillar miro en tu pecho fementido;  
Ardo, si entre las vueltas de la danza  
Con sus brazos te estrecha.  
¡Ay! sus brazos robustos, avezados  
A la sangrienta lid, ofender pueden  
Ese florido cuerpo, donde Vénus  
Todo su encanto puso.

Ni esperes de él constancia: si indignado



Suena en el campo el grito de Mavorte,  
Vuela el guerrero á la funesta gloria,  
Y del amor se olvida.  
Premia, premia el ardor inextinguible  
De un tierno pecho que por tí suspira;  
Que en él sólo la muerte, dulce dueño,  
Podrá borrar tu imagen.

## VIII.

## LA ENTRADA DEL INVIERNO.

Ya, dulce Albino, deshojó el Noviembre  
Del blando otoño la gentil guirnalda;  
Rugen los notos y aquilon envía  
Mares de nieve.

Nace el invierno, hiela con su aliento  
El monte altivo, la mansion de Flora;  
Yo con el vino su crueldad sañuda  
Burlo y sus iras.

Ni el grato Baco del amor suave  
Desdeña al fuego del hogar seguro  
Las dulces flechas, que en tus ojos, Filis,  
Tira á mi pecho.

Los gratos dones nos prodiga el Lete  
De sus viñedos, ni la hercúlea playa  
Ni la fenicia Málaga nos niega  
Vino suave.

Pláticas largas é inocentes risas  
La noche abrevian. Las malvadas horas  
Roban la vida, del placer divino  
Raudas huyendo.

Tú de Minerva las sagradas aras  
Pisas insomne, y de Cupido y Baco  
La dulce llama, que al mortal recrea,  
Próvido huyes.

Y de Sileno la pampínea enseña  
Y de Accidalia los nevados cisnes  
Dejas, y al ave de la noche augusta  
Sigues callado.

Ya en negra tabla los certeros signos  
Copias de Hipatia, del divino Euclides  
Ya las figuras, que la inmensa tierra  
Miden y el orbe.

Nuevo Keplero, á los etéreos astros  
Dictarás leyes; miétras yo modesto  
Y más felice las de Filis bella  
Tierno recibo.

## IX.

## EL AMOR NO CONOCIDO.

Vuelve, adorada Filis, vuelve al seno  
De los constantes cándidos amores;  
Vuelve á la orilla, do su nido hicieran,  
Del Bétis cristalino.

Vén, que el ardiente inextinguible fuego,  
Que en el pecho de Anfriso derramaste,  
Para exhalar en férvidas caricias  
Espera tu presencia.

Creció escondido: con el falso nombre  
De la amistad alevé serpando  
Por mis entrañas todas, de repente  
Cual es se manifiesta.

Así de nieve su elevada cumbre  
Corona el Etna, y la mansion severa  
De áspero invierno y de aquilon silboso  
Al peregrino anuncia.

En tanto abraza el cavernoso abismo  
Oculto fuego, y repentino lanza  
Por su humeante dividida cima  
Mares de ardiente lava.

Rugen los bosques encendidos, ruge  
El hervoroso piélago, bañado  
De llama infausta, y cárdenas centellas  
Vomita al firmamento.

¡Ah Filis, Filis! te engañé: los dulces  
De amistad que me diste blandos besos,  
Para mí fueron las sañudas flechas

Del insano Cupido.

Maligno sonreía el niño ciego,  
Y de mi necio orgullo se burlaba:  
«Prueba, me dice, prueba de este arco  
La fuerza vencedora.

»Aprende á amar á Filis sin peligro:  
Aprende á ver sus celestiales gracias,  
Su blanda risa, su colmado seno  
Y sus ardientes ojos:

»Aprende á ver los bienes más preciados  
Que á sus dulces amantes da Citéres,  
Sin sentir del amor y del deseo  
El aguijon sañudo.»

Ya estoy vencido: si tu flecha esquiva  
Sin conocerla ¡ay triste! me ha llagado,  
Ya el cuello doblo á tu seguro yugo  
É imploro tus piedades.

Mas no; de tí, maligno, nada espero:  
Sólo espero en tu pecho bondadoso,  
Oh dulce Filis, que á mi triste herida  
Remedio des suave.

No pido que al delirio correspondas,  
En que me abraso; mas concede al ménos  
Los besos de una amiga compasiva  
Al labio de tu Anfriso.

## X.

## EL CONVITE DE ESTÍO.

Se exhalan ya de mi verjel frondoso  
Suavísimos aromas,  
Y por las ramas del frutal pomposo  
Cuelgan racimos de esmaltadas pomas.

Venid, dulces amigos. Cuando al día  
Venza la noche oscura,  
Más bella luz á la enramada umbría  
Dará, querida Emilia, tu hermosura.

Sileno, no del pérsico aparato  
Ostentes el tesoro,  
Ni el dón de la amistad sencillo y grato  
En vasos brindes de funesto oro.

Rosa tardía, que entre nieve crece,  
No adorne mi guirnalda;  
Ni el preciado jacinto que florece  
Del alto Olimpo en la remota falda.

Mas coge, Aristo, el arroyan nativo  
Que alfombra nuestros prados,  
Y el cándido jazmin y el lirio altivo,  
De alegre mejorana entrelazados.

Y de mi amada la graciosa frente  
Ciñan, y el albo seno,  
Y á sus labios de rosa el fresco ambiente  
Lleve el aroma del cercado ameno.

Cede el calor, el rayo fulminante  
Ni aun dora la montaña;  
Y en los profundos piélagos de Atlante  
Su carro enardecido Apolo baña.

Vén, dulce amiga, vén. La vid hermosa  
En su sombra se engrie;  
Templa Aristo la lira armoniosa,  
Tu Anfriso canta ya; Sileno ríe.

La mesa de sus frutos deliciosos  
El verano rodea.  
Mira cómo en los vasos anchurosos  
El regalado néctar centellea.

Bebamos: que tus ojos más ardientes  
Flechará el dulce vino;  
Y entre festivos juegos é inocentes  
La Parca burlaremos y el destino.

## XI.

## A EMILIA.

Vén, mi pastora. Los templados rayos  
Del sol de primavera  
Fecundan ya nuestra feraz campiña.  
Las rosas vierte el Mayo delicioso  
De su lecho florido,

Cuna feliz de amor correspondido.

Vén: la tórtola amante ya despide  
De su abrasado seno  
El quejido de amor: la selva umbría  
Resuena con su arrullo, y el Favonio  
Lo conduce en sus alas,

Do envidiosas lo escuchan las zagalas.  
¿No ves la aurora por el rojo Oriente  
Derramar esplendores  
Al adormido mundo? ¿No respiras  
El ámbar de las fiores, que guarnecen  
La esmaltada ribera,

Y el aroma que exhala la pradera?  
Mira cuál quiebra en la argentada gota  
Del matinal rocío  
El sol naciente sus primeros rayos.

Mira cuál cubren campos y colinas  
Las ondeantes mieses,  
Y cuál retozan las alegres reses.

Todo es placer y amor: el ave canta,  
Y los blandos amores  
En torno vuelan del caliente nido.

Céfiro, por las vegas discurrendo,  
De ardiente amor suspira:  
Naturaleza toda amor respira.

Ama tú, dulce Emilia: vén, corona  
De tu Anfriso las penas;  
Ya las primeras frutas he cogido  
De mi verjel, y entre las frescas hojas  
Las puse en la sombría,

Junto á la gruta de la fuente fria.  
Ya despojé las altas rosaleras  
De su fecundo esquilmo;

Ya tejí el venturoso ramillete  
Y la guirnalda que en tu frente y seno  
Yo pondré enajenado,  
Premiando una sonrisa mi cuidado.

En tanto tu rebaño, desparcido  
Por el vecino otero,  
Despuntará la hierba aljofarada;  
Y cuando baje del cenit ardiente  
La calurosa siesta,

Triscará solazado en la floresta.  
Entonces su frescura deliciosa  
Nos dará el arroyuelo,  
De perpetuos laureles coronado;

Y sentada á la margen floreciente,  
Que besan sus raudales,  
Mirarás tu hermosura en los cristales.

O si ya entre los árboles del bosque  
El ruiseñor lamenta  
Su malogrado amor, la grata imagen  
Renovarás del llanto afortunado,  
Que venció tus desdenes

Y trocó mi penar en dulces bienes.  
O ya del colorín la voz suave  
Enajenada oyendo,  
Que entre las ramas del frutal se queja,  
Suspirarás de amor, y de tus ojos  
El dulce ardor sereno

Lanzará ardor á mi encendido seno.  
Cupido sonreirá. Del centro frío  
De la vecina gruta  
Nos llamará con voz irresistible.

Entonces ¡ay! traspasaré tu pecho  
Su dardo más ardiente,  
Que amar sólo permite á quien lo siente.

¡Ay, vén! ya el astro del rosado día  
La hermosa frente alza  
Del seno de la aurora; y yo inundado  
De la niebla, el lucero todavía  
Viva luz destellaba,

Y ya junto á los sauces te esperaba.

## XII.

## LOS CELOS.

Esta es la mansa y cristalina fuente  
Do tantas veces vi mi dulce amada,  
Mientras Febo rayaba el claro oriente,

Dar envidia á la aurora nacarada.

Aquéllos son los céspedes floridos,  
Do al aura, respirando los olores,  
Envenenó mi mente y mis sentidos  
Su tierno canto derramando amores.

Sentada allí, la tarde fugitiva  
En deliciosa plática olvidamos;  
Allí la juré amor, cuando festiva  
Ciñó mi frente de olorosos ramos.

Junto á aquel arrayan con blando lloro  
Bañó el puro semblante enardecido,  
Y en mis felices manos el tesoro  
Entregó de su mano apeteccido.

En este bosque, de placer sedientos,  
Coronamos á amor de nuevas glorias;  
Allí y allí... ¡oh lugares! ¡oh momentos!  
Dadme á Emilia, ó guardad vuestras memorias.

¿Dónde, perdido bien, de mí volaste?  
¡Ay! vuelve, vuelve al pecho que te adora.  
Tú, verjel, que felice me miraste,  
¿Dónde ocultas mi amada encantadora?

El viento entre las ramas murmurando,  
«Tras otro amante fué», triste me dice:  
La fuente, sus cristales agitando,  
«Burló, clama, tu amor; muere, infelice.»

Las flores, que su planta embellecía,  
Ora gimen marchitas y llorosas;  
«No precia ya tu amor la ingrata impía;  
Por otro amante anhela y otras rosas.»

¿Y esto, Emilia, es amar? ¡Y acaso ahora  
En contemplar mis penas te complaces!  
Y á ese nuevo feliz, que te enamora,  
De mi eterno dolor gozar le haces!

¡Oh perfidia! ¡Oh baldón! Teme, perjura,  
Todo el furor de un injuriado amante;  
Mas ¡ay! que te defiende la ternura,  
La ternura, que ultrajas inconstante.

¡Oh, nunca del amor correspondido  
La sonrisa en tus labios sorprendiera!  
¿Nunca de tu mirar enardecido  
El veneno mortal probado hubiera!

¡Emilia! nombre amable, nombre odioso  
A un alma que te adora y que atormentas,  
¿Por qué las gracias del semblante hermoso  
Con el engaño y la inconstancia afrentas?

Del penar más acerbo é inclemente  
Triste ejemplar al amador ofrezco,  
¡Ay! condenado á amar eternamente  
La misma fermentida que aborrezco.

## XIII.

## EL AMOR INMORTAL.

En tus hermosos ojos templar pudo  
El dios de los amores  
Aquel arpon tan dulce como agudo,  
Que para herirme coronó de flores.

De ese cabello de oro, que enajena  
Mi pecho enamorado,  
Pudo tejer la plácida cadena  
Que á tus plantas me tiene aprisionado.

O en los lirios del seno, ó en la rosa  
Del cándido semblante  
Pudo labrar la cárcel deliciosa  
Que preparaba á tu feliz amante.

La juventud, la gracia halagadora,  
El talle torneado,  
Esa risa más dulce que la aurora  
Cuando ilumina el soñoliento prado;

Tu hechicera mirada, tu festivo  
Candor, tu hablar suave  
El corazón más fiero y más esquivo  
Domar pudiera; y el amor lo sabe.

Mas no con rayo que mudables vientos  
Apaguen, quiso herirme,  
Ni en caducos y frágiles cimientos  
Labrar una pasión constante y firme.

Yo vi en tí el puro asilo do se anida,  
La cándida inocencia,  
Y al blando sentimiento la fe unida,



Y en verde juventud dócil prudencia.  
Yo vi cuán compasiva é indulgente  
Con apacible agrado  
Tu hermosa mano alivia al indigente,  
Tu dulce hablar consuela al desgraciado.  
Yo lo vi y te adoré, y en llama eterna  
El pecho me encendiste;  
Que la santa virtud, la piedad tierna,  
Del crudo tiempo al huracan resiste.  
Deshójase la flor de la hermosura,  
Se agostan los placeres,  
Y allá en la márgen de la tumba oscura,  
Deleite encantador, ni aun sombra eres.  
En tí, mi dulce bien, cuando tu aurora  
Florece placentera,  
Amo el carmin, que no se descolora,  
Amo la luz, que siempre reverbera.  
¡Ay! este amor de mi felice vida  
Será el postrer aliento,  
Y su llama inmortal correspondida  
Arderá más allá de aquel momento.

## XIV.

## EL SUEÑO DEL INFORTUNIO.

*Sunt lacryma rerum.*  
VIRGILIO.

¡Qué horror! La fiera noche  
Ha triplicado el denegrido manto  
De tinieblas sin fin. Huyó del cielo  
El nocturno esplendor; no hay una estrella  
Que con su yerba amortiguada lumbré  
Hiera la oscuridad del firmamento.  
Oscuridad, silencio, del destino  
Imágenes augustas, ¡cuán terribles  
Acongojais mi atormentado pecho!  
¡Cuán bien correspondéis á los latidos  
De un mal herido corazón!... Ya brama  
El aquilon sañudo,  
Ya ruge en los lejanos horizontes  
El trueno aterrador.... La negra esfera  
Cárdeno rompe el precursor del rayo,  
Su efímero fulgor mezclando á veces  
Con la luz de esa lámpara sombría,  
Que á mis cansados ojos roba apenas  
La densa oscuridad.... Triste silencio  
Domina infausto esta mansion de llanto,  
Otro tiempo mansion de mi delicia,  
Trono del dulce amor.... Yo solo velo,  
Solo; y ¡yo solo peno!.... Todos duermen;  
Mas ¡ay! que no descansan.... ¡qué suspiro,  
Encendiendo los vientos á deshora,  
Hiere mi corazón?... ¡No le conoces,  
Triste Anfriso? ¡ah! que no. Dichosos días,  
Que en mis brazos la visteis reclinada,  
Palpitando de amor y de ternura,  
Entonces, sí, su enardecido seno  
Del placer exhalaba los suspiros;  
Mas éste es de infortunio.... ¡qué agitada  
Duerme el único bien de la alma mía,  
Hermosa en su dolor, muy más hermosa  
Que cuando alegre, satisfecha y tierna  
Á mi lado esperó la luz del alba!  
Duerme, mi bien, mi encanto, mi delicia;  
Dulce como el olor de las praderas,  
More el sueño en tus ojos; duerme, amada,  
Desata, blando amor, del bosque idalio  
Las más templadas auras, y al oído  
Mi fuego y mi constancia le susurren.  
Halaga entre tus brazos, oh Morfeo,  
Su herido corazón; que se regale  
En la querida imagen de su Anfriso.  
Derramad en su frente atormentada  
Las rosas del placer, y los recuerdos  
De tan gozosos como breves días,  
Que mi ventura fué, que fui la suya,  
Disipan los pesares de su pecho.  
Mas ¡ay! que no.... ¡Cuál gime! ¡cuál palpita  
El blanco seno! ¡cuál la linda mano  
Oprime el corazón por sostenerlo!

¡Cuál arden sus mejillas! destrenzada  
La hermosa cabellera, circulando  
Por el nevado cuello, vaga incierta.  
Pero ¡qué miro! ¡lloras, dulce Elisa!  
Lloras ¡ay! y envenena el infortunio  
De ese breve descanso los momentos.  
Una lágrima sola se ha escapado  
De sus cerrados párpados; girando  
Sobre el carmin de su purpúreo rostro,  
Brilla como la perla del rocío  
Entre el matiz de la naciente rosa.  
Bebedla, labios míos; mas no, ¡ay triste!  
El silencio respeta de sus penas,  
Amante corazón.... Seis veces Febo  
Trajo la luz al aterido mundo,  
Seis veces las tinieblas de la noche  
Envolvieron el cielo, mar y tierra,  
Y un solo instante la amorosa hija  
El lecho de la madre moribunda  
No cesó de regar con tierno llanto.  
¡Oh piedad filial! toda perdida  
En su amargo pesar, de sí olvidada,  
De un amante olvidada que la adora,  
Entre el temor y la esperanza anhela,  
Se agita al lado de la dulce madre,  
Llora y oprime el encendido llo  
Por robarlo á su vista. Los cariños,  
Que la angustiada enferma le prodiga,  
El arpon del dolor clavan más hondo  
En su afligido corazón. Recuerdos  
De la edad juvenil, de la edad tierna,  
La infeliz orfandad, que la amenaza,  
Cuanto gozó y penó, todo le aflige.  
Alma celeste y pura, hermoso pecho,  
Do la santa virtud fijó su trono,  
Gloria de mi existencia y dulce hechizo,  
Mi bien, mi amor, mi todo, ¡quién pudiera  
El rayo asolador de la desgracia,  
Quedando libre tú, recibir solo!  
¡Hija del infortunio! ¡quién me diera,  
Que aqueste triste pecho, acometido  
De tormentos sin fin, olvido, celos,  
Desden, desolación y horror de muerte,  
Los abatidos ojos levantando,  
Satisfecha y gozosa te mirase!  
Muriera yo, ¡ay de mí! mas no penaras....  
Duerme, mi dulce bien; duerme, amor mio;  
Tu existencia, un momento interrumpida,  
Te robará al dolor.... Recibe ahora  
En este breve y temeroso beso,  
Que apenas hollará tu pura frente,  
Los votos de un amante enardecido.  
El vivió para tí; morir promete  
Porque vivas feliz. Reposas, amada,  
En el regazo plácido del sueño.  
Cesa ya de silbar, ábrego impío;  
Cesa, horrorosa tempestad; sus alas  
Tiendan el austro y el favonio blando;  
Que está el bien de mi vida descansando.

## XV.

## A DON DIEGO MONTERO, MI AMIGO.

«Y el pesar de su ausencia vi trocarse,  
No en pena, no en congoja, en cruda muerte,  
Y en fuego eterno el alma atormentarse.»  
GARCILASO.

*Almansa, 2 de Octubre de 18....*

Aquí, do de Berwik la excelsa gloria  
El mármol á los siglos va anunciando,  
Y del inglés vencido la memoria,  
Pides, querido amigo, que templando  
Mi ya olvidada cítara, del viento  
Suspenda el curso con su tono blando.  
Quieres que el ceño adusto y macilento  
De esa montaña lóbrega y sombría  
La suavidad mitigue de mi acento.  
Y podrá resonar la lira mía  
En esta soledad tan dulcemente

Como en el Bétis resonar solía?  
¡Podrá el herido corazón doliente,  
Este sensible corazón, que llora  
Con lágrimas sin fin su bien ausente?  
¡Podrá exhalar la voz encantadora,  
Que tal vez complacido y satisfecho,  
Me cyó la noche y la naciente aurora?  
No, mi Montero; á un afligido pecho  
Sólo gemir, sólo penar le es dado,  
En amorosas lágrimas deshecho.  
Tú ignoras en qué abismo quiso el hado,  
Flechando de una vez todas sus iras,  
Precipitar á un triste desgraciado.  
¡Ves el desnudo monte? ¡el valle miras,  
En donde exhala el livido torrente  
Las mortíferas auras que respiras?  
Pues comparado al peso que inclemente  
El corazón me oprime de continuo,  
Es dulce otero y prado floreciente.  
Este áspero desierto y sin camino,  
Lleno sólo de sombras funerales,  
Que á la ambición sacrificó el destino;  
Es campaña de mieses y rosales,  
Do se goza el Abril, si se compara  
Á la eterna amargura de mis males.  
Y el cielo abrasador, que nube rara  
Entolda, y cuyo fuego despiadado  
Las árticas montañas liquidará,  
Es el cielo que al Tempe regalado  
Cubre, ó al bello Dauró ó Guadaíra,  
Junto al ardor del pecho atormentado.  
Mi corazón anhela y no respira;  
No es sangre, no, que es fuego el que en mis venas,  
Consumiendo mi sér, violento gira.  
Oye la historia amarga de mis penas;  
Óyela y tiembala, amigo, si algun día  
Quiere el amor que arrastres sus cadenas.  
En la ribera plácida que enfria  
Guadalquivir, do el sol del occidente  
El postrer rayo de su fuego envía,  
Vi una hermosura en el verdor lúcente  
De sus floridos años, que el sentido  
Me enajenó festiva é inocente.  
De Minerva y las Musas atraído  
Pasára yo mi juventud dichosa,  
En fáciles cuidados divertido.  
Por vez primera entonces la amorosa  
Llama probé; se decidió mi suerte,  
Y dueño halló mi voluntad ociosa.  
Sentí, ¡ay de mí! sentí que hasta la muerte  
Sin redención estaba ya enredado  
En el lazo tan dulce como fuerte.  
La celeste ocasión de mi cuidado,  
No juveniles gracias y hermosura,  
Ostentó sólo á un pecho ya entregado;  
Mas un alma tan firme, tan segura  
De su valor, bondad tan generosa,  
Tan grato hablar, tan tierna risa y pura,  
Que la fiera más fiera y más sañosa  
Y un corazón de triplicado acero  
Postrára fácil á su planta hermosa.  
¡Quién te podrá decir, dulce Montero,  
Lo que fué de tu Anfriso en el instante  
Que al declarar la pena de que muero,  
El pecho, que temí duro diamante,  
Y sin piedad á mi dolor y esquivo,  
Sus lágrimas dijeron que era amante?  
Dulce raudal de amor copioso y vivo  
Deslizarse miré por sus mejillas,  
Blandos ojos volver á su cautivo;  
Y aquella blanca mano, á la que humilla  
La rosa su carmin, su albor la nieve,  
Entre mis manos venturosas brilla.  
Ni el templado favonio, cuando mueve  
Sus alas entre plácidos olores,  
Ni el puro aljófár, que la aurora llueve,  
Tan gratos son al prado y á las flores,  
Como las bellas lágrimas que vierte,  
Nuncios de la ternura y los amores.  
En esperanzas mi temor convierte;  
Mi pena en gloria; y el favor perjuro  
¡Simple! aplaudí de la inconstante suerte.

¡Cuán incauto ¡ay de mí! canté seguro  
En la lira que Apolo me fiára,  
Su gracioso desden, su halago puro;  
Las encendidas rosas de su cara,  
Su torneada mano, el dulce beso,  
Dulce siempre, ó lo diera ó lo negára;  
Su blanda risa y plácida, embeleso  
Del ciego corazón, y el tierno llanto,  
Que el fermentido amor bebió travieso!  
Testigos fueron de mi alegre canto  
La aurora y la tiniebla. El claro día,  
Tendiendo al orbe su rosado manto,  
Los fuegos del ardiente mediodía,  
La fugitiva tarde, todos vieron  
Inundada en placer el alma mía.  
Diez veces la morada enrojecieron  
Del Aries los febeos esplendores,  
Diez veces el remoto polo hirieron;  
Yo divertido en plácidos amores,  
Aquel siglo de gloria delicioso  
Como el aura fugaz pasó entre flores.  
Y en un momento el hado envidioso  
Convirtió de mi dicha el claro día  
En noche oscura y cielo tempestoso.  
Y el despiadado amor, cuya alegría  
Son los ayes que el misero suspira,  
Me arrojó, Marte, á tu contienda impía.  
La horrenda enseñanza de venganza é ira  
Seguí infelice! lejos de aquel prado,  
Do el blando pecho en que viví respira;  
De aquella boca y seno delicado,  
De aquel dulce ademan, de aquellos ojos  
Que adora el corazón desventurado.  
¡Ay! ¡Qué á mí con los ásperos enojos  
De la guerra crüel? ¡Cuándo he querido  
Parte, fiera ambición, en tus despojos?  
Allá siga el tirano empedernido  
Las armas sin piedad; siga el estruendo,  
Siga el carro de Marte embravecido,  
Atienda de la trompa el són horrendo,  
Complázcase en el campo ensangrentado,  
Que el cañon de destrozos va cubriendo;  
Y un tierno corazón enamorado  
Sólo placer, sólo respire amores,  
Sólo ambicione amar y ser amado.  
Logre trofeos de inocentes flores,  
Cogidas en el seno de su hermosa,  
Y arrebaté dulcísimos favores.  
Dé á la batalla seña sonora  
Del blando beso el plácido estallido,  
Y él termine la lucha deliciosa.  
Yo, alumno de las Musas y Cupido,  
En el campo de horror, á mi despecho,  
Por la ajena ambición fui conducido.  
Me arrancó airada del paterno techo,  
Y sin ser á otra cosa poderoso,  
Mi adorado placer voló deshecho.  
¡Por qué no sufre el cielo rigoroso,  
Contra el humano misero indignado,  
Que ningún amador viva dichoso?  
¡Quién ¡infelice! como yo fué amado?  
¡Quién, divertido en fáciles placeres,  
Vivió de la ambición más olvidado?  
¡Cuándo al metal que tú, codicia, adquieres,  
Troqué la paz ó dulce medianía,  
Ni el bien tranquilo, cuya fuente eres?  
Nada bastó. Del claro Mediodía  
Hasta los mares lóbregos del polo  
Creció el incendio de la guerra impía;  
A cuantos pueblos ilumina Apolo  
Se extendió destructor; y ¡no tocado  
Mi humilde techo se librara sólo?  
Fué preciso, Montero, que arrancado  
De su firme raíz el trono íbero,  
Y el orgullo frances fuese humillado,  
Para que de mi sueño lisonjero  
Despertase infeliz; para que huiese  
Aquel asilo del amor sincero;  
Para que bajel misero siguiese  
El impulso del viento enfurecido,  
Y entre escarpadas rocas pereciese.  
Y porque muera ¡ay Dios! tan abatido